

Mujeres y cambio social. En torno a los trabajos de Barbara Biglia, Ángel Gordo y Pilar Parra

Marina Subirats i Martori

Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Sociologia
marina.subirats@gmail.com



Recibido: 14-11-2012
Aceptado: 22-03-2013

Resumen

A través de sus ponencias, Barbara Biglia, Ángel Gordo y Pilar Parra nos presentan historias de vida de mujeres nacidas en las décadas de los años setenta y ochenta, educadas, por lo tanto, en gran parte, en el período democrático. De clase media unas, de clase trabajadora otras. Las españolas han cambiado, y estas vidas que se nos narran son radicalmente diferentes de las que vivieron sus madres y sus tías, y están casi a años luz de lo que fueron las vidas de sus abuelas. Vidas, las de estas antecesoras, que aparecen también, a grandes trazos y como telón de fondo, en las narraciones que se nos presentan, y que nos sirven precisamente para comprobar el contraste, la distancia, el cambio social acaecido. Las españolas de hoy ya no asumen mandatos: ceden a impulsos, indagan en sus deseos, corrigen sus opciones. Tantean, prueban, rectifican, aparentemente al azar. ¿Pero qué es lo que, en el fondo, parece guiarlas, orientar sus búsquedas y actitudes? Hay hilos tenues que las unen al pasado y que, de otra manera, parecen orientar sus opciones en función de objetivos que fueron también los de las anteriores generaciones de mujeres.

Palabras clave: género; clases sociales; generaciones; evolución social; historias de vida.

Abstract. *Women and Social Change: On the articles of Barbara Biglia, Ángel Gordo and Pilar Parra*

In their articles, the three authors analyze the life stories of various Spanish women born during the seventies and eighties, that is, women who grew up and were educated during the democratic period of Spanish history. Some of them belong to the working class, others to the middle class. These stories show us that the lives of Spanish women have changed and that their lives are very different from the lives of their aunts and mothers, and light years away from the lives of their grandmothers. The life stories of their mothers and grandmothers serve as contexts to understand the contrasts, but also the social changes that have taken place across these different generations of women. Today, the younger generations of Spanish women no longer accept old mandates; they yield to their impulses and desires and are open to new possibilities. They experiment, they change, and they correct their mistakes along the way. But what is it that motivates and guides them? It seems that there are still some links with the past and that there is still something that makes them choose to live their lives in ways similar to past generations of women.

Keywords: gender; social classes; generations; social evolution; life histories.

Barbara Biglia, Ángel Gordo y Pilar Parra han elaborado sus textos basándose en historias de vida de mujeres nacidas en las décadas de los años setenta y ochenta, educadas, por lo tanto, en gran parte, en el período democrático. De clase media unas, de clase trabajadora —o clases populares, si se prefiere el eufemismo— las otras. Interesante cuestión: es el período en el que probablemente se ha producido el mayor cambio social de nuestra historia e, indudablemente, el mayor cambio social del género femenino. De modo que las españolas han cambiado, y estas vidas que se nos narran son radicalmente diferentes de las que fueron las de sus madres y tías, y están casi a años luz de lo que fueron las vidas de sus abuelas. Vidas, las de estas antecesoras, que aparecen también, a grandes trazos y como telón de fondo, en las narraciones que se nos presentan y que nos sirven precisamente para comprobar el contraste, la distancia, el cambio social acaecido, en una palabra.

Cambio, distancia, diferencia entre generaciones, sí. Pero vayamos por partes. Más allá de lo anecdótico de todo caso individual, y de las evidentes diferencias y distancias, algunos elementos aparecen como una constante en los seis casos analizados. ¿Todos en ruptura con el pasado? A grandes trazos, sí. Y, sin embargo, se diría que, subterráneamente, una corriente sigue fluyendo entre las generaciones de mujeres, de abuelas a nietas, de madres a hijas. Ya no son los mandatos concretos: estos han cambiado y las hijas que hablan aquí no actúan al impulso de los mandatos, o, por lo menos, ya no los sienten como un imperativo ineludible. Si obedecen a mandatos antiguos, lo hacen después de haberlos transformado en deseos, asumidos, aparentemente, desde la total libertad. No son mandatos, pues, lo que las asemejan a sus antecesoras. Aquellas fueron o no capaces de transformar los mandatos en deseos, poco sabemos de ello, puesto que, en cualquier caso, el propio mandato exigía tal transformación. Se operaba, conscientemente o no, con resistencias o no, tratando de reservarse algunos espacios de poder, actuando «con mano izquierda», en algunos casos, como el de alguna abuela que asoma en estas crónicas. O cediendo a la necesidad y renunciando al propio deseo y al propio criterio, como exigían los tiempos y solía aparecer en el comportamiento de la mayoría de mujeres «decentes». Estas, las de hoy, ya no asumen mandatos: ceden a impulsos, indagan en sus deseos, corrigen sus opciones. Tantean, prueban, rectifican, aparentemente al azar. ¿Pero qué es lo que, en el fondo, parece guiarlas, orientar sus búsquedas y actitudes?

En mi opinión, hay un concepto que resume el núcleo del género femenino construido tradicionalmente: «el ser para otro». Toda definición de los géneros que se base en tareas o actitudes concretas está abocada al fracaso: no es sino la modalidad local y temporal de un perfil mucho más amplio, instalado desde la noche de los tiempos y presente en mil versiones diversas. No era el lavar o cocinar, el parir y ocuparse de los hijos hasta la extenuación, el vivir esclava de la propia imagen para convertirse así en juguete sexual de los hombres. Todas estas tareas, a veces realizadas conjuntamente, otras totalmente separadas o distorsionadas, forman parte de lo mismo: un ser que debe ignorarse a sí mismo, que no es sino a través de otro, y del servicio a este otro y del reconocimiento

que él le proporciona. Un ser que debe ignorar sus necesidades, sus deseos, sus posibilidades y sus capacidades diversos para reducirlos a un solo objetivo: ser para el otro, para los otros y en función de los otros. Objetivo único que puede permitir, incluso, potenciar las características individuales.

Y este «ser para otro» es el que se percibe aún en las Albas, en las Fridas, en las Mónicas, en las Lucías y en las Blancas, en las Elsas de nuestros días. Subterráneo. Inconsciente. Desorientado. Desubicado. Por tanto, a menudo irreconocible. Pero, insisto, todavía presente. Porque lo que ha cambiado no es el mandato de ser para otro, para las mujeres, sino la concreción del otro. El «otro», que en el pasado tenía una figura genérica, el hombre, y una concreción estricta, el marido, el hijo, el novio, el padre, el dios, el amo..., es ahora una figura vacía, que ni siquiera tiene forma humana. Puede ser una causa, un movimiento social, una idea, una persona, una profesión o una construcción mental de cualquier tipo, siempre y cuando cumpla con la condición de presentarse como algo que trasciende a cada mujer.

¿Y qué es lo que parecen tener en común, y diferente de sus progenitoras, las Elsas y Mónicas, las Albas y Blancas? Precisamente, que la transformación del mandato en deseo, sobre la base de un ser que aún no se atreve a ser para sí, conduce a una continua inquietud, a una continua búsqueda de un objeto referente, que ocupe el antiguo lugar del «otro», en definitiva. Tal vez Frida, la más inquieta —o también la más ampliamente documentada— sea la que en mayor medida nos hace vivir sus cuitas. La concreción que presidió la vida de las abuelas comenzó a tambalearse en la generación de las madres: un marido ausente ya no estaba claro que fuera un eje en torno al cual debía girar la vida, a diferencia de la generación anterior. El ser para otro se concretaba en dos actitudes: la abnegación y la obediencia. Pero, ¿cómo obedecer a un ausente? Ciertamente, es posible abnegarse por él, basta con visualizarlo permanente con el pensamiento, con mantenerlo en la peana que permite contemplarle como a un ser superior. Pero para obedecer hace falta alguien que ordene, y cuando este alguien falta, o falta en exceso, la construcción comienza a resquebrajarse.

En la generación que se considera aquí, las cosas han empeorado. Las mujeres deben ganar su autonomía, de modo que se establece una lucha feroz entre el «ser para otro» subterráneo, pero constante, en los mensajes de la familia, de la tele, de los libros, de los hombres, y el «sé para ti» que aflora de modo creciente en las revistas dedicadas a las mujeres, en los textos de autoayuda, en las reivindicaciones feministas, en el descrédito de las actitudes femeninas y sumisas que aflora por todas partes. Todo complejo y complicado, cierto, porque puede pasar por «sé la más guapa». Pero el mensaje de fondo es narcisista: «Sé la más guapa porque te gusta serlo, porque te gusta gustar». No porque así le gustará más a él, aunque algo de ello esté en el fondo, como condición omnipresente.

Porque, ¿de qué se trata, finalmente? Si se diluyen los mandatos, se es libre. Pero nos lo advirtió el viejo Fromm: la libertad produce pánico, puede ser sinónimo de vacío. ¿Consiste la libertad en poder asumir el ser para sí, para las mujeres? Hoy por hoy, difícilmente. La libertad conquistada consiste en

poder elegir al otro para el que se será, y en poder cambiarlo si hace falta. No en dejar de referirse a lo otro, no en dejar de poner la vida al servicio de. El modelo antiguo no ofrecía márgenes: el otro era el otro, el hombre presente en alguna de sus funciones habituales. El modelo actual no prescribe a este otro, y, frente a este vacío, las Blancas, las Fridas y las Mónicas lo siguen buscando, incansablemente, como objeto de deseo puro y, por tanto, nunca definitivo.

Y es así como se tejen estas biografías que Pilar, Barbara y Ángel rescataron. Pueden aparecer las causas más dispares, causas políticas, artísticas, profesionales, movimientos sociales, nuevas ruralidades, y todo ello en una forma un tanto caótica, de usar y tirar, pero siempre con pasión, exigiendo —o propiciando— entregas incondicionales, renunciaciones, fidelidades. Necesidad de entregarse a causas externas, de dar la vida a alguien o para algo. Sólo que no para siempre: difícilmente llega la satisfacción, las causas son pasajeras, no tienen la grandeza de la transcendencia absoluta, de la necesidad irrefutable que tuvieron las causas antiguas, mantenidas por un control social externo que les confería la categoría de fatalidad. La pareja, el matrimonio, la maternidad se han convertido en una de estas posibles experiencias, en uno de estos posibles deseos, que hay que cotejar y calibrar respecto a otros, a un viaje que se quiere emprender, a una experiencia artística, a una aventura del tipo que sea. Ciertamente, la pareja y, sobre todo, la maternidad, tienen aún un aura especial, como de puerto definitivo al que se podría llegar para descansar de tanta búsqueda. Pero, incluso cuando se opta por la maternidad, surgen dudas: hay entrega, porque apareció «el otro». Pero ello excluyó a los demás otros posibles, y ello supone de nuevo una compleja búsqueda de equilibrios entre las diversas causas, una culpa si la entrega materna aparece como excesiva y única, una culpa si no lo es, puesto que, hoy por hoy, y si excluimos la entrega a lo divino, se sigue presentando como la abnegación más completa.

Los amores son capítulo aparte. Las Elsas y las Albas ya han admitido su finitud, aunque les duela. Saben que, a menudo, son ellas mismas quienes escapan de los «para siempre», a veces empujadas por impulsos tenues, una mirada puede bastar. Así que estas biografías están punteadas de amores generalmente fugaces, que se persiguen, brillan un momento, se disuelven, amargan, sobre los que ahora es difícil construir la vida, constituirlos en eje. O se hace con un enorme esfuerzo de la voluntad, tratando de no distraerse, de no mirar a nada más, de convencerse, cada día, de que este es el camino que se ha deseado, el que, en definitiva, podría permitir tener una raíz, un destino. Podría permitir «ser para otro» aunque la duda aparezca cada mañana.

Hay, finalmente, otro aspecto que pone de relieve el trabajo comparado de Ángel Gordo, Barbara Biglia y Pilar Parra: la diferencia de recursos y, por tanto, también de objetivos, según la clase social a la que se pertenece. Las mujeres de clase media cuentan con un extraordinario recurso: el gusto por la cultura y la creatividad, y todas las puertas que ello abre en términos de realización personal, de entrega a una tarea socialmente valorada, que retorna autoestima y satisfacciones, que permite, incluso, imaginar que se sacrifican objetivos más personales, como pueda ser la maternidad, en aras de una rea-

lización superior. Una realización que llega a más personas o puede incluso tener una transcendencia pública. He aquí un «otro» solvente, que puede tiranizar, pero nunca decepciona. Probablemente esta es la razón, más allá de las dificultades por compaginar la vida doméstica y la vida profesional, por la que hay tantas mujeres solas o sin hijos en los ámbitos profesionales de alto nivel, en el mundo del arte, de la investigación, etc. Ya no son las entregas clásicas. Son nuevas formas de entrega, a veces, incluso, más exigentes que las antiguas.

Las mujeres de clase trabajadora, en cambio, raramente cuentan con este recurso, no tanto porque no puedan acceder a él, sino porque no está en el entorno de su niñez, en su imaginario primero. Y, tal vez por ello, son las que a menudo acaban inclinándose por la maternidad, como el elemento finalmente más sólido de vincularse, de darse, de hallar una causa suficientemente potente para que merezca dedicarle la vida. No siempre, sin embargo. A menudo podemos observar mujeres que hoy están en la mediana edad, que van probando, tanteando, buscando. Frecuentemente, descubren, a veces tarde, la vía de los estudios. En algunos casos, estuvo presente desde siempre, a pesar de proceder de clase trabajadora, como en el caso de Frida. Parece, entonces, como que la tensión se hace mayor, el exceso de posibilidades, las fronteras múltiples y, al mismo tiempo, la escasa pertenencia a algo enraizado, acelera las dificultades, las angustias, las búsquedas en todas direcciones. El esfuerzo por llegar a saber lo que se es, lo que se desea ser, el destino propio.

Porque, finalmente, no hemos descubierto aún del todo qué significa llegar a ser para sí, si ello tiene interés o si sólo va a llevarnos a los mismos objetivos que observamos en tantos hombres: la incansable lucha por tener más dinero y más poder, única prueba moderna, aparentemente, de que se ha logrado ser enteramente para sí, en una implosión de inmanencia que anula cualquier sentido y cualquier vínculo.